

Luto en la aldea. «Aurrekoa», «Aurogie»

La muerte de una persona, que en la ciudad o villa de crecido censo pasa, por lo general, inadvertida para los más, en la modesta comunidad es un acontecimiento viva y hondamente sentido. Ha sido una realidad –y ahora me expreso en pasado– puesta de manifiesto por medio de costumbres fiel y secularmente observadas hasta casi nuestros días, que es cuando el proceso de su desaparición y olvido se ha llevado a cabo de manera hartamente alegre –y perdóneseme la paradoja–, así como de forma brusca y poco meditada quizás.

El consabido doblar de la campana del templo parroquial ha sido familiar e inequívoco para los vecinos, y el campanero desempeñaba una labor importante en el pueblo. El camino que el cortejo fúnebre seguía desde la casa mortuoria a la iglesia ha recibido varios nombres. Podía no ser el del trazado más cómodo y corto; pero se hallaba, sin duda, sancionado por la ley consuetudinaria que se transmitía de generación a generación.

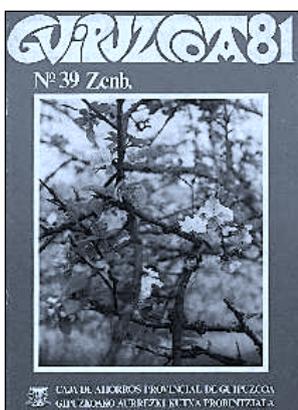
Las ofrendas de pan y luz, *argi ogik*, así como otros ofrecimientos de diferente naturaleza nos hablan de la creencia, enraizada en nuestro más remoto ayer, que el difunto tiene las mismas necesidades que el vivo. Algunas de estas ofrendas se consumían en la abundante comida de honras.

Las reuniones gastronómicas de motivo fúnebre tuvieron que ser reglamentadas en más de una ocasión, debido a los gastos excesivos que ocasionaban a la correspondiente economía casera. Como bien señala Gorosabel, los muertos destruían a los vivos.

Todas estas anotaciones, que no pasan del terreno de la alusión, junto con otras varias y heterogéneas, enriquecen el acervo importante de los ritos fúnebres. Mas procuraré apartarme del predio reiterativo –por decirlo de alguna manera–, que tanto se prodiga. De acuerdo con los subtítulos de estas líneas, me fijaré en las voces *aurrekoa* y *aurogie*.

En Aya, la mujer soltera y vecina del difunto, que en la comitiva fúnebre llevaba una vela y un pan en el brazo, era conocida por el nombre de *aurrekoa*. La *aurrekoa* iba detrás del cura que abría el cortejo.

En Areatza o Villaro, recibía el nombre de *aurogie* la vecina del difunto que, nombrada para ello, encabezaba la conducción del cadáver desde el domicilio mortuorio a la iglesia. La *aurogie* llevaba sobre la cabeza una cesta con un pan de dos kilos elaborado en algún caserío del pueblo, que lo facilitaba la familia del difunto. La cesta era circular y lucía un manto negro y otro blanco, encima. Se colocaba sobre la sepultura de la iglesia y, terminada la función religiosa, la serora retiraba el pan y la *aurogie* hacía otro tanto con la cesta y los dos paños.



Luto en la aldea. «Aurrekoa», «Aurogie» / Juan Garmendia Larrañaga. - En : *Guipúzcoa. Revista informativa de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa = Gipuzkoako Aurrezki Kutxa Probintzialeko aldizkari berriemailea*. - Donostia - San Sebastián : Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa = Gipuzkoako Aurrezki Kutxa Probintziala. - N° 39 (1981), p. 16-17. - OC. T. 6, p. 193-194